

HISTORIA DE LAS MIGRACIONES ÁRABES Y MAGREBÍES HACIA EUROPA¹

Bichara Khader
Universidad Católica de Lovaina

Introducción

A lo largo del siglo XX los árabes han conocido tres movimientos migratorios importantes. A comienzos de esa centuria hubo primero una migración transoceánica hacia los países de Latinoamérica y hacia los Estados Unidos. Tal migración afectó, sobre todo, al Próximo Oriente (Siria, Líbano y Palestina). Sirios, libaneses y palestinos partieron por miles hacia esos horizontes lejanos, primero hacia América Latina y luego hacia los Estados Unidos, huyendo de la represión turca y de la miseria económica. Estos primeros pioneros, a los que los latinoamericanos han denominado «los turcos» porque poseían pasaportes o salvoconductos de esa nacionalidad, fueron seguidos, después de la Segunda Guerra Mundial, por otros compatriotas, sobre todo, palestinos desarraigados por la creación del Estado de Israel. Con el curso de los años las comunidades árabes inmigradas a Latinoamérica se enriquecieron con nuevos aportes atraídos por las perspectivas de una vida mejor. Hoy se estima que los árabes inmigrados en América Latina y sus descendientes son cerca de 3 millones. Generalmente, se trata de una comunidad acomodada, bien integrada en los diferentes contextos nacionales y relativamente influyente en los negocios y en los círculos del poder. Algunos de sus miembros han llegado a ser presidentes de República, como el caso de Menem en Argentina, gobernadores o diputados respetados.

El caso de los Estados Unidos es ligeramente diferente. Primero porque la inmigración árabe allí es más reciente (después de la Primera Guerra Mundial), más diversificada en cuanto al país de origen y más cualificada

¹ Traducción del francés realizada por Carlos Larrinaga.

(fuga de cerebros). Aunque en total suma entre 2 y 3 millones de miembros, esta comunidad árabe no es tan influyente políticamente hablando, debido a su fragmentación y a su dispersión en un territorio tan vasto. Pero, por lo general, es una «inmigración instalada», relativamente bien asimilada e intelectualmente presente tanto en los centros de investigación especializados, como en las universidades.

Además, hay migraciones árabes hacia otros países árabes ricos en petróleo. Aunque comenzaron a darse en los años 50, estas migraciones inter-árabes conocieron un crecimiento espectacular tras el ajuste de los precios del petróleo de 1973. A comienzo de los años 80 al menos entre 6 y 7 millones de árabes (palestinos, jordanos, libaneses, sirios, yemeníes, egipcios y tunecinos) trabajaban en los países del Golfo y en Libia. Se empleaban en una amplia gama de actividades y transferían a sus países de origen sumas considerables de dinero estimadas, hacia mediados de los años 80, en cerca de 10.000 millones de dólares, contribuyendo de esta manera a un reparto de la renta proveniente del petróleo. La inversión de las tornas del mercado petrolífero en 1985-1986, las dificultades económicas inducidas por la bajada de los beneficios petrolíferos y la segunda guerra del Golfo han producido dos efectos, a saber: la sustitución de una inmigración árabe del Próximo Oriente por una inmigración asiática menos costosa y la puesta en marcha de políticas que priorizan «las preferencias nacionales» («saudización», «qatarización», etc.). Conjugadas, estas dos evoluciones han contribuido a disminuir el *stock* de inmigrantes árabes en el Golfo, incluso a limitarla de manera drástica, como fue el caso de los jordanos y los palestinos en Kuwait. Ello no impide que al día de hoy queden cerca de 5 millones de inmigrantes árabes del Machrek instalados en los países del Golfo, es decir, el 17% de la población total de los países del Consejo de Cooperación del Golfo.

Por último, hay inmigración árabe, esencialmente magrebí, en Europa. Si se excluyen los árabes (países del Golfo y del Machrek), generalmente acomodados, instalados, sobre todo, en Inglaterra y en Francia y que suponen entre 100.000 y 150.000 personas, el mayor efectivo de trabajadores árabes en Europa está formado por magrebíes. Precisamente, este texto aspira a describir la génesis de esta migración, su transformación cuantitativa y cualitativa, los problemas a los que debe hacer frente y su lugar en la relaciones euro-árabes.

1. Colonización e inmigración

Insignificante antes de la Primera Guerra Mundial, la inmigración magrebí comenzó realmente durante la contienda, cuando Francia, potencia

colonialista, llamó a los trabajadores magrebíes para servir en el ejército e hizo funcionar las fábricas abandonadas por los obreros movilizados en el ejército. Así, de entrada, «tan lejos como se pueda remontar en la historia de la migración magrebí hacia la Europa occidental, sus existencia y su destino parecen claramente indisociables de la colonización francesa en el Magreb». En efecto, fueron las carencias de soldados y obreros provocadas tanto por las «necesidades de defensa nacional», como por las de la economía de guerra las que impulsaron a las autoridades francesas a organizar la contratación de trabajadores magrebíes y su envío hacia la metrópoli. Tarea confiada, por lo demás, al Servicio de la Organización de los Trabajadores Coloniales (SOTC), creado por Decreto de 1 de enero de 1916.

De esta forma, más de 500.000 trabajadores magrebíes fueron militarizados bajo la coacción de las armas y conducidos *manu militari* hacia Francia durante los años de la guerra. Los reclutamientos efectuados por Francia durante la Primera Guerra Mundial en tres países del Magreb han sido estimados en 293.756 hombres.

Cuadro 1
Reclutamientos de hombres

	Argelia	Túnez	Marruecos	Total
Total de reclutados, voluntarios y reservistas	173.019	80.339	40.398	293.756
Total de trabajadores	118.800	29.800	35.500	184.100
Total general	291.819	110.139	75.898	477.856
Muertos y desaparecidos	25.171	10.723	9.000	44.894

El análisis de los datos proporcionados por los censos generales de población permite identificar dos ciclos claramente delimitados durante el periodo comprendido entre las dos guerras, a saber:

- El ciclo que va de 1921 a 1931 fue un ciclo de claro crecimiento que afectó a la población extranjera total y más en particular a la argelina. El índice de crecimiento de esta última se establece en 236 en 1931 con base 100 en 1925, es decir, 85.568 trabajadores argelinos en 1931 frente a 36.277 censados en 1921.
- Con la crisis de 1931 se abrió el ciclo de la profunda depresión económica. La comunidad argelina fue particularmente afectada por

esta crisis. Los cálculos de los índices de crecimiento apuntan a una bajada de cerca del 15% entre 1931 y 1936, al pasar el índice de 236 en 1931, con base 100 en 1921, a 201 en 1936, o sea, 72.891 individuos.

Durante la Segunda Guerra Mundial se asistió a una renovación del reclutamiento y de la organización de la emigración hacia Francia. En vísperas del conflicto los flujos migratorios se extendieron e intensificaron, de forma que podemos distinguir dos fases, a saber: una primera que va de 1945 a 1954 y una segunda que se corresponde con la Guerra de Argelia, entre 1954 y 1962.

1.a. *La fase de 1945 a 1954 o de expansión de la inmigración argelina*

Durante esta fase, que marca en Francia el comienzo de la planificación, el Estado trató de definir y de poner en marcha una auténtica política de inmigración. La disposición del 2 de noviembre de 1945, referida a las condiciones de entrada y de estancia de los extranjeros en Francia, creó, junto al ministerio encargado del trabajo, la Oficina Nacional de Inmigración (ONI), que tenía el monopolio de la contratación de los trabajadores extranjeros.

Uno de los objetivos anunciados en 1945 aspiraba a diversificar las fuentes de contratación. De hecho, los años inmediatamente posteriores a la guerra estuvieron marcados por una gran inmigración italiana, sobre todo, del Mezzogiorno. Así, los trabajadores italianos representaron el 67% de las entradas de la ONI en el periodo 1946-1949. En el censo de 1954 los trabajadores extranjeros en Francia no sobrepasaban los 1.553.000 personas (excluidos los argelinos), contra los 1.774.000 de 1946.

En este sentido, hay que recordar que el Estado no podía aplicar los mecanismos de control a la inmigración argelina puesto que ésta provenía de un «departamento» francés. La ley del 20 de septiembre de 1947, que otorgaba la ciudadanía francesa a los argelinos, prohibía, en principio, todo obstáculos a la libre circulación de trabajadores argelinos hacia la metrópoli. De hecho, las estadísticas del movimiento migratorio argelino hacia Francia son reveladoras de la consolidación de la inmigración argelina en este país.

Así, el total de entradas provenientes de Argelia en Francia entre 1947 y 1954 representa 911.205 personas frente a 697.686 salidas, es decir, un saldo migratorio, para este periodo, de 213.419 personas. De esta forma, la población argelina aumentó su peso en la población extranjera total

censada en 1954, ya que pasó del 1,3% en 1946 al 12% en 1954, situándose de esta forma en el cuarto puesto tras los italianos, los españoles y los portugueses. El peso de tunecinos y marroquíes aún es modesto, suponiendo en el caso de estos últimos el 0,9 y el 0,6% en 1946 y 1954, respectivamente, y en el caso de los tunecinos el 0,1 y el 0,3% para las mismas fechas.

Cuadro 2

Peso de la población magrebí en porcentaje respecto de la población extranjera total en 1946 y 1954

Nacionalidades	1946		1954	
	Cantidad	%	Cantidad	%
Argelinos	22.114	1,3	211.675	12,0
Marroquíes	16.458	0,9	10.734	0,6
Tunecinos	1.916	0,1	4.800	0,3
Total	40.488	2,3	227.200	12,9

1.b. *La fase de 1954 a 1962: ralentización del movimiento migratorio argelino y desarrollo de la inmigración marroquí y tunecina*

En el momento en que, durante la Guerra de Argelia, el movimiento migratorio argelino pareció disminuir su ritmo de crecimiento (6,5% de media al año), la inmigración marroquí y tunecina, por el contrario, aceleró

Cuadro 3

Peso de los magrebíes en porcentaje respecto de la población extranjera total en 1962

Nacionalidad	Cantidad	%
Argelinos	350.484	16,2
Marroquíes	33.320	1,5
Tunecinos	26.569	1,2
Total	410.373	18,9

su marcha. La tasa media de progresión anual de la inmigración marroquí fue del 15%, mientras que la de la inmigración tunecina creció en un 23,9%. Tales cifras, pues, demuestran esta progresión o aumento.

2. Regulación de los flujos de inmigración entre 1962 y 1974: el caso de Francia

Durante los dos periodos precedentes, 1947-1954 y 1955-1962, la ONI perdió progresivamente su monopolio. Se asistió al fracaso de una política de control de los flujos migratorios. Los «espontáneos» fueron cada vez más. Efectivamente, un buen número de portugueses llegó «clandestinamente a Francia» para escapar de las guerras coloniales en el África austral, al tiempo que los países magrebíes recién independizados dejaban a sus naturales expatriarse con la esperanza de alcanzar un «despegue económico» que pusiera fin a su éxodo «temporal». En Francia, por su parte, los factores de llamada no faltaron: un fuerte crecimiento económico y unos empresarios ávidos por hacerse en el mercado de trabajo con una mano de obra barata, poco reivindicativa y particularmente móvil. Así, durante este periodo comprendido entre 1946 y 1962 la inmigración magrebí se multiplicó por diez, pasando de 40.488 a 410.373 personas (es decir, del 2,3 al 18,9% de la población extranjera total, respectivamente).

A partir de 1962 se dibuja una nueva forma de organización de los flujos migratorios entre Francia y el Magreb. Es una forma «concentrada», definida en común por las partes soberanas. De forma que el periodo que comienza en 1962 y finaliza en 1974 está jalonado por cinco acuerdos y convenios de mano de obra y comporta tres fases importantes, a saber: 1962-1964, 1964-1968 y 1968-1974.

2.a. 1962-1964: una fase de transición

Esta etapa comenzó con la firma de los acuerdos de Evian el 19 de marzo de 1962 y concluyó con la firma del primer acuerdo franco-argelino de mano de obra el 10 de abril de 1964. Un año antes habían sido firmados otros dos convenios de mano de obra. El primero el 27 de julio de 1963 entre Marruecos y Francia y el segundo el 15 de octubre de ese mismo año entre Túnez y Francia.

Durante este periodo se observa un crecimiento sin precedentes de entradas netas de argelinos en Francia, cerca de 119.994 en 1962, 1963 y 1964. Pero si el número de argelinos aumentó un 20% entre 1962 y 1964

(13% en 1963 y 6,2% en 1964), la tasa de crecimiento alcanzó el 56% en el caso de los marroquíes y el 35,7% en el de los tunecinos. Para hacer una comparación, la población portuguesa experimentó un crecimiento absoluto del 122% en el mismo periodo.

Cuadro 4

Evolución de la inmigración magrebí en Francia entre 1962 y 1964

Nacionalidad	1962	1963	1964
Argelinos	425.000	480.000	510.000
Marroquíes	49.653	60.745	77.347
Tunecinos	34.443	39.517	46.749
Total	509.096	580.262	634.096

Fuente: Ministère de l'Intérieur: *Les étrangers en France, 1968*.

2.b. 1964-1968: los primeros convenios de mano de obra

El acuerdo franco-argelino, conocido con el nombre de acuerdo Nekka-che-Grandval, se distingue en su contenido de los otros dos textos firmados con Túnez y Marruecos en 1963 por el hecho de introducir por primera vez la noción de restricción. En lo sucesivo el volumen del contingente sería establecido unilateralmente por Francia y trimestralmente, en función de las necesidades del mercado.

El efecto no se hizo esperar. Así, la inmigración argelina avanzó en un 0,4% en 1965 y un 0,6% en 1966, es decir, 2.000 y 3.000 entradas netas, respectivamente.

Este quasi-estancamiento de la inmigración argelina contrasta notablemente con la continuación acelerada de la inmigración marroquí, que creció un 13% en 1965 y un 17% en 1966, y de la inmigración tunecina, que se incrementó en un 11,6% en 1965 y en un 20,6% en 1966. Una ligera recuperación se aprecia inmediatamente después, con un saldo migratorio de 15.000 y 32.000 argelinos en 1967 y 1968, respectivamente.

Así, durante todo el periodo que va de 1962 a 1968 los efectivos de la población argelina en Francia crecieron sensiblemente menos que los del periodo precedente, 1945-1962, un 35,2% frente a un 65,6%. La migración argelina se clasifica ya en la categoría de las implantaciones «antiguas».

Por el contrario, a lo largo del mismo periodo la población marroquí en Francia aumentó cerca del 153% entre 1962 y 1968 y la población tunecina cerca del 130%. Ambas poblaciones eran particularmente «recientes».

Cuadro 5

Evolución de la inmigración magrebí en Francia entre 1965 y 1968

Nacionalidad	1965	1966	1967	1968
Argelinos	512.000	515.000	530.000	562.000
Marroquíes	87.383	102.193	112.479	119.521
Tunecinos	52.159	62.903	70.274	73.261
Total	651.542	680.096	712.573	754.782

Fuente: Ministère de l'intérieur: *Les étrangers en France, 1968.*

2.c. La fase comprendida entre 1968 y 1974

Tras los acontecimientos de mayo de 1968 el gobierno francés se dio cuenta del carácter explosivo de la situación migratoria. Más aún cuando las asociaciones de solidaridad se habían movilizado para denunciar las dificultades de inserción de las comunidades de inmigrantes y la arbitrariedad administrativa. En este contexto no debe extrañar que el acuerdo franco-argelino finalizara el 17 de diciembre de 1968.

Contrariamente al primer acuerdo, que limitaba las entradas argelinas sobre una base trimestral, el nuevo acuerdo fijó explícitamente el contingente anual neto de los trabajadores argelinos autorizados a entrar en Francia por un periodo de tres años. El artículo primero del protocolo disponía, en efecto, que «el contingente de trabajadores argelinos que entren en Francia con vistas a ocupar un empleo se fija de común acuerdo en 35.000 por año por un periodo de tres años».

La recuperación de la inmigración argelina experimentó, por consiguiente, un tirón. Las cifras son clarificadoras. El saldo migratorio se establece en 157.993 personas. Así, el ritmo de crecimiento se aceleró, pero sin alcanzar la cadencia de las corrientes migratorias marroquí y tunecina y, *a fortiori*, portuguesa.

Cuadro 6

Evolución de la población magrebí en Francia entre 1968 y 1974

Nacionalidad	1968	1969	1970	1971	1972	1973	1974
Argelinos	562.000	608.463	697.316	754.452	798.690	845.694	871.223
Marroquíes	119.521	147.397	170.835	194.296	218.146	269.680	302.255
Tunecinos	73.261	89.181	96.821	106.848	119.546	148.805	162.479
Total	754.782	841.041	964.972	1.055.596	1.136.382	1.264.179	1.335.957

Fuente: Ministère de l'intérieur: *Les étrangers en France, 1974.*

3. El cierre de las fronteras en 1974

Desde el comienzo de los años 70 la crisis económica se acompañó de una revisión de las políticas migratorias en Europa. Evidentemente, Francia no fue una excepción a esta regla. En julio de 1974 el gobierno de V. Giscard d'Estaing decidió detener la inmigración en el país. La suspensión de los flujos migratorios, en verdad, no puso fin a la presencia de los inmigrantes instalados ni a la llegada de nuevos extranjeros (procedimiento de reagrupamiento familiar).

La decisión de paralizar la inmigración en Francia no parece haber afectado por mucho tiempo a la comunidad magrebí en el país. Si, en efecto, los argelinos vieron disminuir sus efectivos un 8% entre 1974 y 1982, los efectivos marroquíes y tunecinos aumentaron un 31% y un 63%, respectivamente. Así, en 1982 se contabilizaban en Francia 1.510.941 magrebíes (de los cuales 805.563 eran argelinos, 492.669 marroquíes y 212.909 tunecinos), es decir, el 33,9% de la población extranjera.

Según una estimación del INED, al 1 de enero de 1986 la cantidad total de población argelina era de 820.000 personas, incluyendo 290.000 franco-argelinos. La población marroquí se estimaba en 516.400 y la tunecina en 202.600 personas. Por consiguiente, un contingente total de 1.539.000 magrebíes sobre una población extranjera estimada para esa misma fecha en 3.752.000 personas. Esto hace subir la parte de la población magrebí a un 41% del total.

No se disponen de cifras más recientes. Pero parece que ha habido una estabilización, incluso un ligero descenso, de la población magrebí en torno al millón y medio de personas.

Así, entre 1945 y 1987 la trayectoria migratoria magrebí parece obedecer a una ley común a todas las trayectorias migratorias y que ordena la historia de la cada migración en cuatro fases sucesivas, a saber: una fase de crecimiento lento, otra de crecimiento rápido, una tercera de estabilización y una última de declive. La inmigración magrebí ha entrado precisamente en esta última fase.

4. La evolución estadística de la población magrebí en los otros países europeos

A comienzos de los años sesenta el crecimiento económico sostenido en los otros países europeos no mediterráneos (Holanda, Luxemburgo, Bélgica y Alemania) aumentó las necesidades de mano de obra. Los empresarios de estos países apelaron, sobre todo, a los países del sur del Mediterráneo

para tomar el relevo de los yacimientos tradicionales de mano de obra de origen europeo (Polonia, Grecia, Portugal y España).

Principalmente los marroquíes acudieron en gran número a Bélgica y a Holanda. Les siguieron los tunecinos y los argelinos, aunque en menor cantidad. Bélgica, por ejemplo, firmó convenios bilaterales con Marruecos (1964), Túnez (1969) y Argelia (1970), que organizaban la contratación y el marco de los derechos sociales de los trabajadores inmigrados.

Sin embargo, la inmigración regular muy rápidamente se paralizó en 1973-1974 en Francia, Holanda, Bélgica y Alemania a consecuencia del incremento del paro y de la ralentización económica. Pero como señala Andrea Rea, «la orientación política de los gobiernos se construye sobre la base de una transacción: frenar toda nueva inmigración para poder integrar a los que están presentes en el territorio». A partir de 1974 las políticas públicas de los Estados europeos conocieron un deslizamiento: la política de integración recibió su influencia de la política de inmigración. Sin embargo, las puertas de la Unión Europea no estaban cerradas del todo. La inmigración continuó gracias al reagrupamiento familiar, a la explosión de las demandas de asilo y al aumento del número de estudiantes extranjeros, de los cuales una mayoría terminó por instalarse en el país de acogida. Pero fueron, sobre todo, la inmigración irregular y las políticas de regularización periódicas las que hicieron aumentar los *stocks* globales a niveles insospechados, en especial en los países europeos del sur del Mediterráneo, fundamentalmente en España y en Italia.

El cuadro que viene a continuación muestra las evoluciones cuantitativas.

Cuadro 7

Población magrebí en los países europeos entre 1981 y 1987, excluida Francia

		Argelinos	Tunecinos	Marroquíes	Total
Holanda	1981	—	—	93.700	93.700
	1987	—	—	130.100	130.100
Alemania	1981	—	24.100	39.400	63.500
	1987	—	24.300	55.800	80.100
Bélgica	1981	10.900	6.900	110.200	128.000
	1987	10.100	5.900	126.100	142.100

Fuente: para Bélgica: *INS*, para Alemania: *Bureau Statistique Fédéral* y para Holanda: *CBS*.

En conjunto, los magrebíes instalados en estos tres países representaban exactamente 325.300 personas. En cada uno de estos países el peso de los inmigrantes magrebíes no suponía más que un débil porcentaje. Así, no constituían más que un 21,9% de la población extranjera de Holanda (130.100 sobre 591.800 inmigrantes), un 16,6% en Bélgica (142.100 sobre 853.200) y sólo un 1,7% en Alemania (80.100 sobre 4.630.200). A este respecto, no debemos olvidar que la inmigración magrebí en Francia representaba cerca de un 40% de la población extranjera.

Cuadro 8

Reparto de la población magrebí en cuatro países de la CEE en 1987

País	Cantidad	% sobre la población extranjera
Francia	1.500.000	40,0
Holanda	130.100	21,9
Bélgica	142.100	16,6
Alemania	80.100	1,7
Total	1.852.300	

Hay que recordar que no se dispone de cifras fiables sobre la inmigración magrebí en los demás países de la CEE. Globalmente, apenas debieron sobrepasar las 400.000 personas. Esto suponía, *grosso modo*, un total de 2.000.000 de magrebíes sobre una población europea total de unos 312 millones de habitantes (en 1989) y sobre una población extranjera estimada en 8,1 millones de personas.

En 1989, sobre los 325 millones de habitantes que tenía la Comunidad Europea, 8,2 millones eran naturales de terceros países, es decir, el 2,5% de la población total. Además, 5.000.000 de ciudadanos de la Unión Europea residían en un país de la Comunidad diferente a su país de origen. Si se tiene en cuenta a los extranjeros procedentes de terceros países y a los procedentes de los países de la Comunidad, Luxemburgo aparecía como el principal país de acogida, al contar con un 28,2% de su población extranjera, mientras que Italia, Portugal y España eran los que tenían menos población inmigrante, sin llegar al 1% de su población total.

Cuadro 9
La población extranjera en Europa

Composición de la población residente en la Europa de los 12						
	Extranjeros extra-comunitarios		Extranjeros comunitarios		Nacionales	
	× 1.000	%	× 1.000	%	× 1.000	%
Europa de los 12	8.175	2,5	4.976	1,5	312.058	96,0
Bélgica	332	3,3	536	5,4	9.059	91,2
Dinamarca	115	2,3	26	0,5	4.987	97,2
Alemania	3.520	5,7	1.325	2,1	56.868	92,1
Grecia	123	1,2	102	1,0	9.793	97,7
España	165	0,4	231	0,6	38.455	99,0
Francia	2.102	3,8	1.578	2,8	52.337	93,4
Irlanda	17	0,5	62	1,8	3.436	97,7
Italia	236	0,4	100	0,2	57.169	99,4
Luxemburgo					269	71,8
Holanda	464	3,1	160	1,1	14.181	95,8
Portugal	74	0,7	27	0,3	10.204	99,0
Gran Bretaña	1.025	1,8	828	1,4	55.298	96,8

Fuente: Eurostat: *L'Europe en chiffres*, 3.^a ed., 1992.

5. Las migraciones no autorizadas de los años 90

Con el cierre de las fronteras europeas a los flujos migratorios en 1974 y las medidas tomadas con vistas a una mejor integración de los inmigrados instalados regularmente, la migración conoció alteraciones profundas, tanto cuantitativas como cualitativas, bajo el efecto combinado de la política de reagrupamiento familiar y de los flujos migratorios no autorizados.

Se confirma la tendencia a la estabilización o hacia un muy ligero aumento de la inmigración magrebí en determinados países europeos, como Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, al tiempo que los países europeos del sur, especialmente Italia y España, se enfrentaban a importantes flujos migratorios denominados «clandestinos».

Se les llamaba trabajadores clandestinos y todos los países, con más o menos rigor, movilizaron toda una batería de medidas para combatirlos, a menudo, además, sin demasiado éxito. En el Mediterráneo dos países europeos fueron particularmente golpeados por lo que algunos han calificado de «plaga», Italia y España.

En la historia europea Italia ha sido un gran país de emigración, con 20 millones de salidas entre 1820 y 1950. Sin embargo, desde el comienzo de los años 80 se ha convertido, a su pesar, en país de inmigración. Ya en 1981 había censados 793 argelinos, 1.501 marroquíes y 9.028 tunecinos, es decir, poco menos de 12.000 magrebíes. Pero en 1986 estaban censados ya 19.283 marroquíes (Ley 943/86), 8.919 tunecinos y 671 argelinos, haciendo un total de 28.873 magrebíes. Cuatro años más tarde, por la Ley 39/90, han sido regularizados 50.538 marroquíes, 29.918 tunecinos y 2.132 argelinos, en total 82.588. Estas cifras ponen de relieve la transformación de Italia en país de inmigración para los habitantes de la orilla meridional del Mediterráneo, el papel jugado por Túnez y Marruecos como zona de salida y el carácter no autorizado de la inmigración, ya que una parte de los migrantes ha tenido que recurrir a las sucesivas regularizaciones.

Con todo, resulta difícil estimar la cantidad de inmigrantes magrebíes existentes en Italia, en la medida en que una buena parte no está recogida en las estadísticas, debido precisamente a su carácter «clandestino». Pero los datos establecidos por Pietro Iaquina a partir de los permisos de residencia confirman el incremento de la inmigración magrebí en Italia con 150.460 permisos de residencia en 1992 sobre una población extranjera total de 923.625 personas. Si a esta cifra se le suma al menos 150.000 inmigrantes aún no regularizados, la población inmigrante originaria del Magreb residente en Italia debería oscilar entre 500.000 y 600.000 personas.

Por su parte, la evolución de la inmigración magrebí en España es comparable a la de Italia. España también ha sido durante mucho tiempo país de emigración. Baste recordar que en 1991 el número de españoles censados en el extranjero alcanzaba la cifra de 1.626.580 personas, es decir, cuatro veces y media la de los residentes extranjeros en España, que era de 360.655.

Entre los extranjeros extra-comunitarios los marroquíes constituyen el grupo cuyo crecimiento ha sido el más reciente y el más rápido. La proximidad geográfica con España, los lazos históricos, la imposibilidad de cerrar las fronteras marítimas y las necesidades de determinados sectores económicos españoles, sobre todo, el agrícola, de una mano de obra abundante y barata han reforzado los flujos clandestinos. Estos se han concentrado en las principales ciudades (Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga, Almería o Murcia) y, de forma general, sobre toda la fachada mediterránea.

Como para Italia, es difícil proporcionar datos estadísticos seguros sobre los efectivos totales de marroquíes en España. Sin embargo, las regularizaciones de 1986 y 1991 nos dan una idea de la amplitud del fenómeno. Durante la primera el 18% de los trámites de regularización (es decir, un total de 44.000) fueron hechos por residentes marroquíes. Durante la se-

gunda el efectivo de marroquíes no representaba menos del 44% del total de las demandas (128.000). La mayoría de los regularizados eran jóvenes de 20 a 40 años (69% en 1985-1986 y 85% en 1991), solteros (64% de los regularizados en 1991), varones (más del 87% en 1991) y trabajadores fundamentalmente en el sector agrícola (25%), en la restauración y en la hostelería (25%) y en la construcción (17%).

En total, a finales de 1992 había en España 52.501 marroquíes regularizados que disponían de un permiso de trabajo. De ellos el 36% se concentraba en Cataluña, el 22% en Madrid y el 13% en Andalucía.

Por el contrario, los efectivos argelino y tunecino eran insignificantes. Cuando se llevó a cabo la regularización de 1991 se contabilizaron 3.113 argelinos regularizados, trabajando esencialmente en la agricultura (40%) y siendo en su mayoría varones (99%), y sólo 222 tunecinos, los cuales mayoritariamente estaban ocupados en el sector servicios (comercio, hostelería, servicios turísticos). Así, como lo subrayan muy acertadamente Vicente Pérez y Bernabé López, los inmigrantes magrebíes en España cabe identificarlos casi como sólo marroquíes.

A finales de 1993 más de 70.000 magrebíes, de los cuales 65.847 eran marroquíes, estaban legalmente en España. Las dos terceras partes eran trabajadores (42.193 marroquíes y 2.086 argelinos) y más de las cuatro quintas partes eran hombres. Pero si se supone que por cada inmigrado en situación regular hay por lo menos entre 1 y 1,5 en situación irregular (hipótesis base), el número total podría oscilar entre los 140.000 y los 180.000 efectivos.

Cuadro 10
Trabajadores extranjeros en España en 1993 y reparto por sexo
y por sector de actividad

Lugar de origen	Trabajadores		Sectores de actividad					Total
	Hombres	Mujeres	Agricultura	Industria	Construcción	Servicios	No especificados	
Marruecos	35.820	6.373	10.416	3.984	9.156	17.040	1.597	42.193
Argelia	1.996	90	835	307	265	618	61	2.086
Total de extranjeros residentes en España	80.795	34.642	13.608	10.684	13.684	74.987	2.396	115.437

Fuente: Direction Générale des Migrations: *Annuaire des Migrations 1994.*

La transformación de la Europa meridional en zona de inmigración no se ha limitado sólo a Italia y a España, aunque el fenómeno se desarrolla en estos dos países con mucha aceleración desde los años ochenta. Grecia tampoco ha estado a salvo, a pesar de una vieja ley, la 448/1968, que fijaba las condiciones de entrada, de estancia y de residencia. Así, se estima que la población inmigrada a Grecia ha pasado de 59.200 en 1985 a 174.900 en 1991, lo que significa una variación media anual de 19,79%. Sin embargo, las gentes procedentes del sur del Mediterráneo sólo representaban una pequeña fracción del total, un 10% aproximadamente.

Por su parte, la inmigración extra-comunitaria en Portugal proviene fundamentalmente de sus antiguas colonias (Cabo Verde, Angola y Guinea Bissau) y de Brasil. El Decreto-ley n.º 264 de 1981 y la ley de Revisión Constitucional de 1989 obligaban a registrar la estancia de los extranjeros. El número de extranjeros extra-comunitarios residentes en Portugal pasó de 57.000 en 1985 a 79.000 en 1991 (es decir, un crecimiento medio anual de 5,59%), de los cuales probablemente entre un 12 y un 15% eran magrebíes.

El cuadro n.º 11 es particularmente clarificador, puesto que demuestra que en el lapso de tiempo de 6 años (1985-1991) la población inmigrada extra-comunitaria en los cuatro países del sur de Europa de ha triplicado, pasando de 403.700 a 1.097.000 personas, lo que supone un crecimiento medio anual del 18,1% frente al 4,2% para el resto de los países de la Europa comunitaria.

Cuadro 11

Evolución de la población extra-comunitaria inmigrada en los países del sur de Europa entre 1985 y 1991

País	Población inmigrada		Variación media anual (%)	% de la población	
	1985 (miles)	1991 (miles)		1985	1991
Grecia	59,2	174,9	19,79	0,81	1,75
Italia	202,5	632,1	20,89	2,77	6,34
Portugal	57,0	79,0	5,59	0,78	0,79
España	85,0	211,1	16,37	1,16	2,12
TOTAL	403,7	1.097,1	18,13	5,52	11,00
Resto de la UE	6.914,6	8.877,8	4,25	94,48	89,00
Total UE	7.318,3	9.974,9	5,30	100,00	100,00

Fuente: Cálculos de Gaetano Ferrieri a partir de los datos de Eurostat (1993).

6. Evolución cuantitativa de los efectivos árabes (sobre todo, magrebíes) en los países de la Unión Europea en 1997

Toda tentativa de estimación de los efectivos globales de los naturales de origen árabe residentes en los países europeos a finales de los años noventa tropieza con dos problemas. El primero remite al carácter «clandestino» de una parte de sus efectivos, por lo que resulta difícilmente calculable. El segundo remite a la dispersión de las fuentes estadísticas.

Elucidemos el primer problema. Difícil de cuantificar, la inmigración «clandestina» es importante sin ser masiva. Se está lejos de la «invasión de los bárbaros», término grato para la extrema derecha europea.

Por su parte, la recogida de datos estadísticos de la inmigración árabe regular adolece de la dispersión de fuentes de información. Basándonos en los datos estadísticos de SOPEMI (OCDE), hemos construido el siguiente cuadro.

Cuadro 12

Inmigración árabe regular en los países de la Unión Europea entre 1990 y 1997

		Efectivos por nacionalidad		Efectivos de trabajadores
		1990	1997	1997
Holanda	Marroquíes	149.800	135.700	35.000
	Iraquíes	1.500	20.600	
	Tunecinos	2.600	1.500	
	Total		157.800	
Bélgica	Marroquíes	141.700	132.800	38.700
	Argelinos	10.700	8.900	3.000
	Tunecinos	6.400	4.700	1.800
	Total		146.400	
España	Marroquíes	11.400	111.100	67.700
	Argelinos		10.000 (*)	3.700
	Total		121.000	
Dinamarca	Iraquíes	10.400	11.200	
	Somalíes	2.000	11.900	
	Libaneses	2.800	9.400	
	Total		32.500	
Suecia	Libaneses	21.200	21.400	
	Iraquíes	7.700	24.800	
	Total		46.200	

		Efectivos por nacionalidad		Efectivos de trabajadores
		1990	1997	1997
Finlandia	Iraquíes		2.400	
	Somalíes		5.200	
	Total		7.600	
Italia	Marroquíes	78.400	131.400	47.900 (datos de 1995)
	Tunecinos	41.200	48.900	19.500
	Egipcios	19.800	26.200	9.700
	Saudíes		10.000 (*)	4.300
	Total		216.500	
Alemania	Marroquíes	55.800 (1987)	60.000	
	Tunecinos	24.300	26.000	
	Palestinos		7.000	
	Jordanos		5.000	
Total		98.000		
Francia	Argelinos	614.700	650.000	241.600 (1998)
	Marroquíes	572.700	600.000	229.600 (1998)
	Tunecinos	206.300	210.000	84.400
	Libaneses		50.000 (*)	
	Total		1.510.000	
Portugal	Marroquíes		10.000 (*)	
Grecia	Egipcios		10.000(*)	
	Palestinos		2.000	
	Libaneses		1.000	
	Total		13.000	
TOTAL de la UE:			2.358.500	

(*) estimaciones

Sinteticemos. Los nacionales de origen árabe, sobre todo, magrebíes, instalados en Europa, hacia 1997, representaban un total de 2.358.500 personas. Ahora bien, si a esta cifra se añaden los árabes instalados en Gran Bretaña, Irlanda, Austria y Luxemburgo (250.000), se llegaría a los 2.608.500 efectivos.

Por lo demás, estimando lo que se denomina inmigrantes irregulares en 400.000 personas, se llegaría poco más o menos a la cifra de 3 millones, es

decir, el 1,2% de la población europea estimada en 375 millones de habitantes en 1997.

Pero si, además, son tenidos en cuenta todos los naturales de origen árabe, comprendidos los que están naturalizados, y que, por lo tanto, no aparecen en los registros de residentes extranjeros, se llegaría probablemente a una comunidad árabe total (naturalizados y residentes extranjeros) de aproximadamente 6 millones de habitantes, lo que supone un 2,4% de la población de la Unión Europea, cuando la población extranjera en la UE representaría en torno al 9%. Se aprecia, sin embargo, que más de las tres quintas partes de los nacionales árabes viven en Francia.

Tales son las evoluciones cuantitativas de la presencia árabe en la Unión Europea al comienzo del siglo XXI.

Cuadro 14

Población extranjera (total y activa) en los países europeos, salvo Grecia, en 1997 (en miles)

País	Total	%	Activa	%
Austria	733	9,1	326	9,9
Bélgica	903	8,9	333	7,9
Dinamarca	250	4,7	88	3,1
Finlandia	81	1,6	19	0,8
Francia	3.597	6,3	1.570	6,1
Alemania	7.366	9,0	2.522	9,1
Irlanda	114	3,1	52	3,4
Italia	1.483	1,2	660	1,0
Luxemburgo	148	34,9	125	55,1
Holanda	678	4,4	208	2,9
Noruega	158	3,6	60	2,8
Portugal	175	1,8	88	1,8
España	610	1,5	176	1,1
Suecia	522	6,0	220	5,2
Gran Bretaña	2.066	3,6	949	3,6

Fuente: datos de SOPEMI.

7. La evolución reciente a partir del 2000

A resultas de todas las medidas de control en las fronteras y de la represión del «trabajo negro» la inmigración magrebí en Europa se ha per-

seguido sin descanso. Si bien no todos los países europeos están expuestos de la misma manera a este fenómeno de la inmigración. Aquí sobresale claramente el caso de los países del sur de la Unión Europea, en los que se ha asistido entre 2000 y 2006 a una duplicación de la población magrebí. El caso de España es, en este sentido, sintomático. En efecto, según los datos proporcionados por el Ministerio del Interior, en España había, después de la regularización del año 2000, 938.783 extranjeros (515.955 no comunitarios y 422.828 comunitarios). El 31 de diciembre de 2001 se contabilizaban 234.937 residentes marroquíes, 15.230 argelinos, 4.071 mauritanos, 1.138 egipcios, 732 tunecinos, 1.132 sirios, 917 libaneses, 634 jordanos y 175 libaneses. Es decir, cerca de 260.000 árabes, lo que supone un 22% de los residentes extranjeros en España.

Desde el año 2000 la inmigración en España ha crecido a tasas inigualables en Europa. Por ejemplo, un 23,8% entre 2000 y 2001. Ya en 2001 el número de residentes extranjeros alcanzaba 1.109.000 personas, de las que 659.179 eran extra-comunitarias. En 2003 el Ministerio del Interior estimaba en dos millones y medio los residentes extranjeros (empadronados), de los cuales 1.324.001 eran inmigrados regularizados. En 2005 los residentes extranjeros se estimaban en 3.500.000, de los cuales 508.000 eran marroquíes.

La evolución de los *stocks* migratorios en España en los últimos cinco años es tan sorprendente que constituye casi un modelo de estudio para todos los especialistas de los fenómenos migratorios.

Efectivamente, la población inmigrada marroquí se ha multiplicado por diez entre 1998 y 2005. Por muchas circunstancias, esta evolución es excepcional. Pero, cosa extraña, a pesar de la distancia que separa España de América Latina, la población inmigrada latinoamericana en este país ha crecido en las mismas proporciones en ese mismo periodo, lo mismo que la proporción inmigrada de población de origen rumano.

Esta evolución se explica, claro está, por lo que Juan Goytisolo ha denominado el «efecto llamada»: «millones de jóvenes en paro o con empleo precario contemplan día y noche las imágenes de un mundo embellecido e inaccesible. Una buena parte de ellos se liarán un día la manta a la cabeza y se lanzarán a la aventura de alcanzar sus orillas» (*El País*, 9 de septiembre de 2001).

He aquí el destino de estos «espaldas mojadas», quienes, a riesgo de perder su vida, hacen todos los días esta travesía penosa y a menudo mortal para dejar atrás con pena los cerrados horizontes de su país y alcanzar la Europa de sus sueños.

Esta breve referencia al caso español demuestra la ilusión de la ausencia de inmigración.

Conclusiones

La ausencia o carencia de inmigración es uno de esos tópicos a menudo esgrimidos por los políticos en los años ochenta, pero que se ha demostrado, a lo largo de los años, totalmente desfasado respecto a las realidades socio-económicas del espacio mediterráneo y, en todo caso, impracticable por varias razones, a saber:

- 1) Primero, el mar Mediterráneo es ante todo movilidad y las características naturales de las fronteras meridionales impiden todo cierre hermético.
- 2) En segundo lugar, porque una prohibición de circulación de las personas del Mediterráneo, en un momento en el que todo cambia, es casi una denegación de equidad.
- 3) Por último, porque una política de tales características no responde a la dinámica de determinados sectores del mercado de trabajo.

En verdad, la ausencia de inmigración es una elección política que jamás ha sido realmente puesta en práctica. Ciertamente, el empeño jurídico que ha conducido a una *surenchère législative* (expresión de Catherine Withol de Wenden y que podemos traducir como «sobrecarga legislativa») ha podido hacer creer que el Estado tiene la cosas bajo control en materia de acogida, de estancia o de trabajo, pero la constatación de los hechos supone una prueba manifiesta del carácter falaz de la ausencia de inmigración. El desarrollo de la inmigración clandestina, las regularizaciones practicadas últimamente en Italia, España, Francia y Bélgica y las admisiones legales anuales (demandantes de asilo y movilidad de las categorías cualificadas, elites intelectuales y financieras) son otras tantas pruebas de la impracticabilidad de un cierre de las fronteras en el espacio mediterráneo.

Pero si la ausencia de inmigración es un señuelo, ¿qué política adoptar? Una política de *numerus clausus* limitada a acoger a hombres de negocios, a árabes ricos y a la elite intelectual árabe es ciertamente peligrosa. Además del hecho de que dicha política tendería a acreditar la idea de que un árabe rico o un árabe intelectual es más *persona grata* que el árabe cuya culpa sería el ser pobre y analfabeto, estimularía el éxodo de cerebros y capitales de la orilla meridional del Mediterráneo, agravando las crisis económicas y educativas, generadoras de la emigración.

Una política de cuotas remite a un control selectivo. ¿Acaso no se ha sugerido en Alemania la importación de miles de informáticos de la India? Hecho que ha suscitado inmediatamente la reacción de la extrema derecha que ha instado a los alemanes a tener más hijos (*kinder nicht*

inder). ¿O acaso los ingleses no preconizaban la importación anual de 100.000 personas con cualificaciones específicas (*Financial Times*, 4 de septiembre de 2004)?

Es una política razonable, pero puede producir un efecto negativo atrayendo hacia el exterior a las elites mejor preparadas de los países del Sur y, consecuentemente, aumentando las diferencias de desarrollo entre el Norte y el Sur.

Por otro lado, una política de apertura total en el Mediterráneo es imposible. No sólo porque Europa no puede acoger a todos los árabes, principalmente magrebíes, candidatos a la inmigración, sino, sobre todo, porque esto nos es deseable desde el punto de vista árabe y más aún magrebí, cualquiera que sea el aporte de estos emigrados a las finanzas públicas de sus respectivos países.

Por lo tanto, la ausencia de inmigración y la apertura total constituyen dos opciones extremas. Entre las dos hay un margen para una apertura racional original, tratando de conciliar en el espacio restringido del Mediterráneo valores y obligaciones, es decir, nos moveríamos entre el deber ético de la apertura y el deber político de gobernar.

Esta apertura racional, además de estar marcada por la impronta del realismo, permite alcanzar varios objetivos. Primero, facilita la integración en la medida en que suprime o disminuye los efectos de la precariedad debidos a la estancia o al trabajo y de la ausencia de movilidad de los trabajadores (falta de papeles en regla). En segundo lugar, permite un mayor equilibrio demográfico, aunque, a menudo, la oferta actual de trabajo cualificado en los países del Norte no puede ser enteramente satisfecha por los flujos migratorios espontáneos provenientes del Sur. Y, por último, porque se revela, al menos en el corto o medio plazo, como un excelente complemento de la nueva política euro-mediterránea, ya que permite, alegando la presión en el mercado de trabajo de los países del Sur (en los que las reestructuraciones industriales pueden generar cierres de empresas y, por consiguiente, más paro), aumentar los recursos mediante las transferencias de fondos, o incluso disminuir las diferencias de desarrollo.

En el largo plazo, la convergencia económica en el Mediterráneo, caso de producirse, puede atenuar la propensión a emigrar, pero, en realidad, desarrollo y migración van de la mano y tienen tendencia a influenciarse mutuamente.